



La economía y el refranero

De la necesidad, virtud

CINCO AÑOS DESPUÉS DEL CONTAGIO DE LA CONVULSIÓN FINANCIERA DE EE UU, LA EUROZONA SIGUE SUFRIENDO. LA ESPERANZA ES EL REFUERZO DE LAS INSTITUCIONES.

No sólo los escépticos hacen uso frecuente en estos tiempos del refranero como referencia válida con la que reaccionar ante la sobrecarga de complejidad y desesperanza. La crisis económica, las decepciones políticas, además de la debilidad del ánimo, parecen cuestionar la validez de los enfoques con que tradicionalmente hemos tratado de interpretar los problemas y de encontrarles solución. La recurrencia al sentido común se ampara con frecuencia en la apelación al refranero. Y de su amplio repertorio, hay varias máximas ampliamente intercambiables que uno encuentra como conclusión a no pocas conversaciones en estos días, ya sea la economía o la política el objeto de la discusión. "No hay mal que cien años dure"; "No hay mal que por bien no venga"; y, el más socorrido y esperanzador: "Haremos de la necesidad, virtud". ¡Ay!, si mi madre observara que tras tantos años de discusiones desde perspectivas aparentemente tan enfrentadas, al final acabaría recurriendo a sus latiguillos.

Y es que a tenor de la gestión que de esta crisis económica estamos haciendo en Europa, no quedan muchos otros recursos. Cinco años después de recibir el contagio de la convulsión financiera estadounidense, la eurozona sigue sufriendo las peores consecuencias en su economía real, en los mercados financieros y, desde luego, en sus instituciones.

La esperanza reside en que se salga con instituciones más reforzadas. La unión bancaria es quizás el proyecto más inmediato. La consecuencia más significativa de la crisis en la Unión Europea ha sido la revelación de la fragilidad de los cimientos en que se sustentaba su principal consecución, la

unión monetaria. Las tensiones en los mercados de deuda, las crisis bancarias y la recesión han conformado un 'bucle diabólico' del que sigue siendo difícil escapar pese a la reciente suavización de alguno de los alimentadores. Han concurrido factores externos, pero también algunos específicos.

La crisis bancaria, el deterioro en la calidad de los activos y los problemas de liquidez derivados del colapso de los mercados mayoristas, ha dejado a algunos sistemas bancarios inutilizados para satisfacer sus funciones de intermediación: para renovar la oferta de crédito y generar la confianza suficiente en los ahorradores. En algunos países, a decir verdad en la mayoría, han sido necesarios recursos públicos para su sostén, acelerando esa perversa metamorfosis de la deuda privada en deuda pública. Ese deterioro de las finanzas públicas se ha visto agudizado por la desconfianza en algunos tesoros y, desde luego, en la viabilidad del euro. No hace falta ilustrar mucho la influencia recíproca del tercer motor de ese círculo vicioso: la recesión, además de limitar las posibilidades de saneamiento bancario, ha hecho lo propio con la generación de ingresos tributarios. Las contracciones en el gasto público no han facilitado el crecimiento económico, y tampoco han satisfecho los objetivos, muy ambiciosos en la mayoría de los casos, de saneamiento financiero público.

El horizonte de la unión bancaria no sólo facilita la restauración de la confianza al disponer de un supervisor único, sino que lo hace con la capacidad de las autoridades europeas para deducir lecciones pertinentes y fortalecer, ya sea parcialmente, la supervivencia de la unión monetaria: para restaurar daños institucionales, más relevantes si cabe que los causados en la economía real o en los mercados. Ojalá que a falta de otras referencias evaluadoras, sea esa parte del refranero que con tanta frecuencia acababa invocando mi madre a modo de colofón en nuestras discusiones, la que se acabe imponiendo y hagamos de una necesidad, la recomposición de la confianza en Europa, la consecuencia virtuosa de esta crisis. ■ F